

¿Retornará lo social?

Araceli Damián*

¿Retornará lo social? es el título de la ponencia presentada por Eduardo Bustelo, reconocido estudioso de la política social en América Latina, en el coloquio internacional de pobreza celebrado en Cd. Victoria, Tamaulipas en septiembre del año pasado. Su trabajo es una excelente herramienta para el análisis crítico de la política social en México y en América Latina (AL).

Bustelo pone en tela de juicio las premisas sobre las que se basa la política social neoliberal implementada en AL a partir de la crisis de la deuda de los ochenta. Sin aferrarse a una visión nostálgica llama a plantear un nuevo “social histórico” que se coloque en el eje de la igualdad.

Señala que desde finales de los ochenta la falta de dinamismo económico, la volatilidad elevada y la recesión en casi toda la región pone al equilibrio fiscal en primer plano y se determinan políticas que se mueven pro-cíclicamente con sus perniciosos efectos recesivos. Esto se acentúa con la caída del ahorro interno, con los problemas sociales emergentes del proceso de globalización.

A pesar de las reformas económicas neoliberales, a principios del siglo XXI no se ha logrado sentar las bases para un desarrollo económico y social que mejore el bienestar de los pueblos y corrija la desigual distribución de los ingresos y las disparidades sociales. Si bien se ha observado un “progreso” en indicadores sociales (“blandos”), como educación y salud, no sucede lo mismo con la pobreza que permanece estable.

Examina en primer término cómo se dio el nacimiento del Estado de Bienestar en Europa y afirma que éste se construyó a partir de un proyecto nacional que buscaba edificar una sociedad más igualitaria basada en una solidaridad intra e inter clases. En este contexto, contar con un trabajo se constituyó en la dimensión básica de la ciudadanía y el salario fundamentaba la autonomía vital y moral del ciudadano asociado a un sistema de protección para él y su familia a lo largo de la vida.

No obstante, la idea de sociedad en la cultura moderna cobijó una tensión entre ésta y lo individual. Las crisis económicas y el retorno de la vertiente liberal

resultaron a favor del individuo, con ello las políticas se rediseñaron con base en el utilitarismo, poniendo en primer plano lo económico. En este marco, la garantía del éxito individual es posible gracias a las libertades “negativas”, el individualismo se convierte entonces en la cuna de la insensibilidad. Siguiendo a Durkheim, Bustelo afirma que el individualismo es casi sinónimo de anomia, lo que disuelve cualquier posibilidad de solidaridad orgánica.

Bustelo plantea que la idea de sociedad ha sido débil en América Latina dado que siempre tuvimos una sociedad poco integrada, con profundas segmentaciones y grandes disparidades. En el marco de la globalización, la viabilidad de una “sociedad nacional” se vuelve aún más endeble, debido a que la política tiene ahora un carácter extraterritorial en el sentido de que los estados nacionales ya no tienen condiciones de controlar y regular las fuerzas económicas y sobretodo las financieras.

Por otro lado, las políticas neoliberales centradas en el interés individual pugnarón por el desmantelamiento del Estado, acentuando la privatización del espacio público. Identifica a la emergencia del tema de las identidades sociales como otra modalidad con la que se ha expandido la “disolución” de la sociedad. Si bien surgen los derechos sociales “subjetivos” (de la mujer, de los niños, discapacitados, etc.), ello conlleva a la no existencia de una ciudadanía de derechos comunes, sino a una ciudadanía “diferenciada” individualmente.

Por otro lado, el actuar de las organizaciones no gubernamentales ha debilitado la política pública y ha fragmentado lo social en nichos reivindicativos, promoviendo el asistencialismo como premisa de ayuda a los demás.

Asimismo plantea que en nuestros países no existe (a diferencia de Europa) un excedente de tiempo libre que requiera ser distribuido socialmente, sino un exceso de tiempo el cual no se trabaja con una remuneración adecuada que permita a un gran contingente asegurar su sustento. Una consecuencia es que no hay ciudadanía, dada la situación de pobreza; ni tampoco autonomía moral sino dependencia.

La transformación del concepto de sociedad por el de capital social oculta las relaciones sociales de poder y por tanto, desplaza a la política, ello se debe a que

el capital social está expresado en un lenguaje incoloro. Una vez más, el concepto de utilidad subyace al de capital social. A nivel microeconómico la función individual maximizadora de utilidad está definida por la elección de la “red social” que a uno más convenga. A nivel macroeconómico el capital social está definido como un conjunto de valores que potencian las relaciones de confianza y minimizan los costos de transacción y crecimiento económico.

En el enfoque del capital social las relaciones sociales están al servicio del mercado. En cambio en el paradigma tradicional de política social la economía y los mercados eran vistos como la base material de la ciudadanía conformada por una sociedad de valores compartidos y con un condimento moral irreducible al cálculo económico.

Para Bustelo lo social debe recolocarse dentro del espacio público, fortaleciendo la democracia y sus instituciones. Asimismo, se requiere construir un orden moral de valores compartidos siendo el superior el de la justicia. Para resignificar lo social se necesita además construir una sociedad autónoma con posibilidad de definir su propia vía; generar empleos productivos que posibiliten el acceso a una ciudadanía emancipada.

La política social tiene que visualizarse como construcción de igualdad, de justicia distributiva. No se puede seguir planteando un “social” como simulacro: lucha contra la pobreza; metas para erradicarla; trabajo con los pobres; compromiso con los pobres, mientras que aumenta la desigualdad y las disparidades.

*Profesora-Investigadora, El Colegio de México
adamian@colmex.mx